

LA PRESENCIA DE HEIDEGGER EN *EL ARCO* Y LA LIRA

DONAJÍ CUÉLLAR .

La esencia del arte es la Poesía. Pero la esencia de
la Poesía es la instauración de la verdad.

MARTIN HEIDEGGER

Si algo caracteriza a la obra de Octavio Paz, es el diálogo que establece tanto con la tradición artística y filosófica como consigo misma. *El arco y la lira*,¹ la teoría poética acaso más fascinante de este siglo, es una obra dialogante. De los diversos diálogos que establece, uno de los más notables es el que el autor sostiene con la obra de Martin Heidegger ya que, a partir del análisis del ser, el poeta logra conciliar la temporalidad del hombre con la experiencia poética, y darle al ser que se encuentra ante la nada, la posibilidad de crearse y re-crearse en el mundo de la poesía. Sin embargo, Paz no sólo aborda al Heidegger de *El ser y el tiempo*², sino también el filósofo que vuelve la mirada hacia el arte y la poesía.

¹ Octavio Paz, *El arco y la lira*, 3a. ed., Lengua y Estudios Literarios (México: FCE, 1986). Todas las citas de esta obra pertenecen a esta edición.

² Martin Heidegger, *El ser y el tiempo*, 3a. ed., trad. de José Gaos, Sección de Obras de Filosofía (México: FCE, 1986).

El ser y el tiempo aparece por primera vez en Alemania hacia 1927; la versión al español de José Gaos se edita en México en 1951, cinco años antes de que saliera a la luz la primera edición de *El arco y la lira* (1956).

En esta obra capital de la filosofía, Heidegger afirma que el hombre puede tomar su existencia "propia" o "impropiamente". Cuando la toma propiamente, se dice que el hombre toma conciencia de su ser y de su finitud. Asumir el ser impropiamente es no tomar conciencia del ser y de la finitud o bien, huir de ellos.

Tomar conciencia del ser significa deseo de ser: tomar nuestro ser en nuestras manos para poder ser. Y lo que hace que el hombre tome conciencia de sí es la angustia de encontrarse ante la nada, es decir, el sentirse "arrojado" en el mundo y en su ser mismo. La toma de conciencia no sólo implica tomar nuestro ser para poder ser, sino también estar conscientes de nuestra muerte, de nuestra finitud, de nuestra temporalidad.

Heidegger sostiene que el ser es tiempo porque no existimos sino proyectándonos, siendo lo que hemos sido, lo que somos y lo que seremos o lo que no seremos, o lo que él llama ser "adviniendo sido y presentando". El hombre no deja de proyectarse, de serse, es continuo movimiento hacia adelante.

Mientras está en el mundo, el hombre se ocupa de hacer cosas, de emprender tareas; a esto también se le llama proyección. Pero proyección también significa posibilidad de ser lo que aún no se es. En este sentido, la proyección última del hombre es la muerte que, por un lado, es lo que el ser aún no es y, por otro, es la posibilidad de dejar de ser y la condición necesaria de la existencia. Al ser la muerte condición de la existencia, el hombre es relativamente a la muerte y no porque ésta tenga que acontecer algún día. El hombre está en contacto con la muerte desde su nacimiento ya que, siendo tiempo, avanza irremediablemente hacia ella, va a su encuentro.

Entre el nacimiento y la muerte, el hombre es proyección, está siéndose, es un ser inacabado porque todavía no es lo que aún no es, no es en su totalidad. Pero, desde el lado del fin, al acontecer la muerte, el hombre se cumple en su totalidad.

La esencia del ser es el tiempo. En cada momento de su existencia es plenamente y, a la vez, es un ser inacabado que constantemente está siéndose. Existencia y muerte son dos caras de una misma moneda.

Lo que a Octavio Paz le interesa del ser es su temporalidad, su angustia ante la nada, su sentimiento de estar "arrojado" y su condición de "inacabado". Llama su atención, igualmente, que para el filósofo existencia y muerte no sean elementos contrarios, sino que conformen una unidad: la del ser.

En *El arco y la lira*, Paz manifiesta igual su preocupación por la condición temporal e inacabada del hombre que por el arte y la poesía. De modo que su poética no sólo se fundamenta en el análisis de la poesía, sino también en la reflexión de quien la crea: el poeta, el hombre.

Al abordar la obra de arte, Paz dialoga con el otro Heidegger, con el de "El origen de la obra de arte"³ y "Hölderlin y la esencia de la poesía".⁴ Estos escritos fueron leídos por su autor en conferencias pronunciadas con cierta diferencia de tiempo. El primero se publica en Alemania hacia 1957 y el segundo antes de 1937. Ambos fueron traducidos al español y recogidos en un solo texto en el año de 1958, es decir, dos años después de la aparición de *El arco y la lira*, por lo que podemos pensar que Paz pudo haberlos leído en su versión original.

En "El origen de la obra de arte", Heidegger parte de que la obra de arte es un ente constituido de materia y forma. Pero lo que Paz retoma y amplía de este análisis son cuatro puntos que serán fundamentales en el desarrollo de su teoría poética. Éstos son: 1) toda obra de arte está destinada a la contemplación; 2) la obra de arte es alegoría, símbolo; 3) todo arte es poesía; 4) la poesía revela lo "otro"; su esencia es la instauración de la verdad. Verdad entendida como la "desocultación" del ente (ἀλήθεια).

Para Octavio Paz, la obra de arte es lenguaje, sistema expresivo dotado de poder significativo y comunicativo que tiene la capacidad de convertir la materia de que está hecha —sea piedra, color, palabra o sonido— en imagen. Si para Heidegger la obra es alegoría, para Paz es imagen. El ser imagen de la obra es lo que hace poema a toda obra de arte. Y la imagen —dice Paz—, no hace sino revelarnos lo que somos. Por su parte, Heidegger afirma que la obra de arte, al ser alegoría, revela lo "otro".

Para analizar la poesía, Paz se vuelve hacia el poema. El poema —dice el poeta mexicano— es creación original, poesía erguida, ser de palabras que emite o suscita poesía. Pero el poema también es lectura y recitación. Lo que para Heidegger es contemplación, en poesía es participación. Creador y re-creador hacen del poema el lugar de encuentro entre la poesía y el hombre. El poema también es mito, tiempo arquetípico que se hace presente cuando alguien repite sus frases rítmicas.

En la frase poética se dan simultáneamente, a manera de unidad, ritmo, imagen y sentido. El ritmo es la célula del poema, es sentido de

³ Martin Heidegger, "El origen de la obra de arte", *Arte y Poesía*, trad. y pról. de Samuel Ramos, Breviarios 229 (México: FCE, 1985). Todas las citas de esta obra pertenecen a esta edición.

⁴ Martin Heidegger, "Hölderlin y la esencia de la poesía", *op. cit.*

algo. Su función es recrear el tiempo y, al recrearlo, actualiza ese pasado que es presente que es futuro que somos nosotros: nuestra temporalidad. La frase poética por eso es tiempo vivo y concreto, y más que eso: tiempo original recreándose continuamente de la misma manera que nosotros “renacemos” y “remorimos” para renacer de nuevo. La imagen, por su parte, es dueña de sentido en tanto que se explica a sí misma, sólo ella puede decir lo que quiere decir, es irreductible a cualquier interpretación o explicación. Toda imagen se caracteriza por contener muchos significados contrarios o dispares, a los que abarca o reconcilia sin suprimirlos. Por esto último, el poema aspira a la conciliación de los contrarios, a su final identidad, cosa que no ha sido fácil asimilar en Occidente, pero que en Oriente es harto común. Paz apunta que la cultura occidental se ha caracterizado por dividir tajantemente el bien del mal, lo blanco de lo negro, el ser del no-ser, etc. *El ser y el tiempo*, en este sentido, representa en Occidente una importante tentativa por conciliar dos conceptos que hasta entonces eran entendidos como contrarios: la vida y la muerte.

Para Octavio Paz, la realidad poética de la imagen no puede aspirar a la verdad porque el poema no dice lo que es, sino lo que debería ser, sin embargo, es poseedora de una autenticidad y una lógica propias. La poesía no es precisamente la verdad, sino que ésta habita en nuestro interior: en el del poeta y en el del lector. Lo auténtico de las imágenes del poeta radica en que él las ha vivido y su vivencia constituye su experiencia y su visión del mundo. Por tanto, la imagen es una realidad objetiva, válida por sí misma: “el poeta hace algo más que decir la verdad; crea realidades dueñas de verdad: las de su propia existencia”.⁵ Por otro lado, la imagen tiene su propia lógica pues su verdad estética vale sólo dentro de su propio universo. Sin embargo, el poeta afirma que sus imágenes nos dicen algo sobre el mundo y sobre nosotros mismos, nos dice lo que somos. El decir poético no quiere decir, dice, y lo que dice es lo indecible, aquello que somos y que, a la vez, no somos. La verdad del poema, entonces, se apoya en la experiencia poética y ésta sólo se expresa y comunica en la imagen. La imagen de la poesía es el hombre: él mismo y aquel otro que también es.

A diferencia del lenguaje, el poema no explica ni representa, presenta. “No alude a la realidad; pretende —y a veces lo logra— recrearla. Por tanto, la poesía es un penetrar, un estar o un ser en la realidad.”⁶

Cuando Paz aborda la experiencia poética, entra a los ámbitos de lo sagrado y del amor. Para él, la poesía, el amor y lo sagrado son manifestaciones de algo que es “la raíz misma del hombre”, pues en ellas late

⁵ Octavio Paz, *op. cit.* 107.

⁶ *Ibid.* 112.

una nostalgia de un estado anterior; lo que nos revelan es algo que ya llevábamos dentro. En la experiencia de lo sagrado, por ejemplo, no se nos revela algo exterior a nosotros, sino que es un “abrir nuestro corazón o nuestras entrañas para que brote ese ‘Otro’ escondido”.⁷ El amor también es una revelación, “un sacudimiento que hace temblar los cimientos del yo y nos lleva a proferir palabras que no son muy distintas de las que emplea el místico”.⁸

En “Hölderlin y la esencia de la poesía”, Heidegger también habla de lo sagrado. El filósofo escoge “cinco palabras guía” dichas por Hölderlin quien, para él, representa “el poeta del poeta”, pues encuentra en su obra la facultad de poetizar la esencia de la poesía. Las palabras son:

1. Poetizar: la más inocente de todas las ocupaciones.
2. Y se ha dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje... para que muestre lo que es...
3. El hombre ha experimentado mucho.
Nombrado a muchos celestes,
desde que somos un diálogo
y podemos oír unos de otros.
4. Pero lo que queda, lo instauran los poetas.
5. Pleno de méritos, pero es poéticamente
como el hombre habita la tierra.⁹

De estas palabras, Heidegger infiere tres cosas que van a ser definitivas para Octavio Paz y que, a su vez, desarrollará ampliamente. 1) La poesía es la instauración del ser con la palabra. Instauración entendida como “donación” (don o gracia) vinculada a los signos de los dioses. 2) La existencia es poética. Habitar poéticamente la tierra es estar en presencia de los dioses y ser tocado por la esencia cercana de las cosas. 3) El poeta es un “proyectado fuera” que está entre los dioses y los hombres.

Si el ritmo poético —dice Paz—, es semejante al tiempo mítico, la imagen al decir místico, la participación a la alquimia mágica y a la comunión religiosa; esto nos lleva a insertar el acto poético en la zona de lo sagrado. Pero si el mundo de lo sagrado es un mundo aparte, ¿cómo penetrarlo? Dando el “salto” o alcanzando la “otra orilla”, desprendiéndonos del mundo objetivo para ser como el agua que corre incesante, sin vida ni muerte.

⁷ *Ibid.* 140.

⁸ *Ibid.* 141.

⁹ Martin Heidegger, “Hölderlin y la esencia de la poesía”, *op. cit.* 126.

Lo que Paz define como "salto mortal" o la experiencia de la "otra orilla" es análogo al descubrimiento del ser del que habla Heidegger. Ambas experiencias implican un cambio de naturaleza que significa nacer y morir al mismo tiempo; cambio que no viene de fuera sino que está en nosotros mismos. Su movimiento es paradójico, nos echa fuera y nos empuja hasta nuestro interior, nos sentimos "arrojados", en "otra orilla" y, al mismo tiempo, nos encontramos a nosotros mismos. Cuando el hombre empieza a tomar conciencia de su ser, se siente "arrojado" en el mundo y en su ser mismo, pero sólo este sentimiento le hace reconocerse a sí mismo y tomar en sus manos su ser para poder ser. Y, al abrírnos al ser, nos encontramos, precisamente, en la "otra orilla".

En la experiencia de la "otra orilla" —dice Paz—, la voluntad interviene poco. Más bien se mezcla a otras fuerzas, tales como las que intervienen en el momento de la creación poética. Estar en la "otra orilla" es ingresar a "otro mundo", donde no hay distinción entre bien y mal, entre horror y fascinación; no hay lucha de contrarios sino conciliación, unidad. En la "otra orilla" se manifiesta y se revela eso "otro" que para Heidegger acontece en la poesía y que lo llama instauración de la verdad o "desocultación" del ente.

Paz entiende lo "otro" o la "otredad" como algo que no es como nosotros, un ser que es también el no-ser. Pero eso "otro" es también yo, tú, nosotros: el ser. El encuentro con lo "otro" implica un regreso a algo de que fuimos arrancados, a nuestra condición original. Por eso esta experiencia culmina en otra, en la de la unidad. La dualidad se extingue y saltamos a la "otra orilla". En ese momento el ser se reconcilia consigo mismo. Y se reconcilia porque todos somos dos: "El extraño, el otro, es nuestro doble. Una y otra vez intentamos asirlo. Una y otra vez se nos escapa".¹⁰ Cuando logramos encontrarlo, asirlo, estamos en comunión con nosotros mismos y, al estar en comunión, recobramos nuestra naturaleza original.

Para Octavio Paz, la experiencia poética no es otra cosa que lo que se acaba de explicar: el "salto mortal", la experiencia de la "otra orilla", la "otredad"; un cambio de naturaleza que implica el regreso a nuestra condición original, que significa sentirnos solos en un mundo extraño. El acto poético no hace sino revelar nuestra condición, ya se hable de esto o de aquello. Y esta revelación es lo que Heidegger define como la instauración del ser con la palabra.

La revelación puede darse de muchas formas. Cuando asume la forma de la experiencia poética, el acto es inseparable de la expresión, es decir, las palabras constituyen el núcleo de la experiencia, ya que

¹⁰ Octavio Paz, *op. cit.* 134.

éstas nombran lo que hasta entonces carecía de existencia. Por ello es que la creación poética es un misterio, un continuo "hablar con los dioses", un nombrar lo innombrable y decir lo indecible o, como diría Heidegger, una "donación".

El poema vive a expensas de su creador, un ser inspirado, como dice Paz, o un "proyectado fuera" entre los dioses y los hombres, como dice Heidegger. La inspiración "no está en ninguna parte, simplemente no está, ni es algo: es una aspiración, un ir, un movimiento hacia adelante: hacia eso que somos nosotros mismos".¹¹ Un movimiento en el que, en un primer momento, dejamos de ser nosotros y, en un segundo momento, el salir de nosotros implica un ser nosotros más plenamente. Esto es, todo lo que implica "otredad", libertad y temporalidad o, lo que es lo mismo, un volver a ser.

La palabra poética es ritmo, tiempo mítico: temporalidad manándose y regenerándose continuamente. Al ser ritmo, es imagen que une los contrarios en un solo decir: vida y muerte. Así, la poesía es un ser siendo, como el ser mismo, como yo, como tú, como nosotros. El ritmo y la imagen expresan lo que somos: vida y muerte.

La revelación, pues, no descubre algo externo sino que entraña la creación de lo que va a ser descubierto: nuestro propio ser. De aquí que Paz afirme que el poeta sea creador del ser y que Heidegger hable de que la poesía es instauración del mismo. Esto es posible si entendemos el ser no como algo acabado sobre lo cual se apoye la existencia, sino como algo que continuamente se está haciendo. El ser no es más que posibilidad de ser y, por tanto, no puede más que serse. El hombre es quien lo nombra y lo crea o, como dice Heidegger, lo instaura.

Revelación es descubrir nuestra condición. Y Paz coincide con Heidegger en que nuestra condición original es posibilidad de ser y en que la libertad del hombre radica en no ser más que posibilidad; y en que, realizar esa posibilidad es ser, crearse a sí mismo.

Entre el nacer y el morir, dice Paz, hay nuestro existir, en el que si bien logramos entrever nuestra condición original como un desamparo y un abandono, también podemos vislumbrar la posibilidad de una conquista: la de nuestro propio ser. El acto poético, en este sentido, muestra que ser finitos es solamente una de las caras de nuestra condición y que la otra es ser vivientes. También muestra que el nacer contiene al morir. "Pero el nacer cesa de ser sinónimo de carencia y condena apenas dejamos de percibir como contrarios la muerte y la vida. Tal es el sentido último de poetizar."¹² ¿No es la existencia humana una suerte de

¹¹ *Ibid.* 179.

¹² *Ibid.* 155.

“marea rítmica”, una suerte de poesía —se pregunta Paz—, si la muerte no es algo que le falte al ser, sino su complemento; si el ser es el no-ser; si el ser es la nada y la nada es el ser; si el hombre que se encuentra ante la nada, también puede crearse frente a ella?

Paz afirma que, entre el nacer y el morir, la poesía nos abre una posibilidad que le es dada a todos los hombres; una de las formas de esa posibilidad es la creación poética. El hombre se funda y revela a sí mismo mediante el acto de la poesía. La poesía abre al hombre la posibilidad de ser: lo hace asumir su condición verdadera que no es una disyuntiva, sino una totalidad: vida y muerte en un solo instante.

Para Octavio Paz, la poesía no sólo afirma que el hombre no se reduce al “ser para la muerte” de Heidegger, sino que la existencia humana encierra la posibilidad de trascender nuestra condición. La poesía no nos promete la vida eterna, pero nos descubre lo que Nietzsche llamara “la vivacidad incomparable de la vida”. Así, la experiencia poética es: “un abrir fuentes al ser. Un instante y jamás. Un instante y para siempre. Instante en el que somos lo que fuimos y seremos. Nacer y morir: un instante. En ese instante somos vida y muerte, esto y aquello”.¹³

Finalmente, apuntaremos que en *El arco y la lira*, la reflexión sobre la poesía y la revelación nos conduce a confirmar que la existencia humana es la poesía misma y que ésta es reveladora de aquélla, como bien dice Paz: “la condición dual de la palabra poética no es distinta de la naturaleza del hombre, ser temporal y relativo, pero lanzado siempre a lo absoluto”.¹⁴ Sí, el ser es tiempo y la poesía también, pero tiempo arquetípico: perpetuo presente que encarna entre los hombres, consagración del instante separado de la corriente temporal. El hombre, para escapar y vencer su condición temporal, no tiene otra alternativa que fundirse más plenamente en el tiempo, y la posibilidad que le ofrece la poesía es la creación de un instante único e irrepetible para dar, así, origen a la historia.

La posibilidad que vislumbra Paz ante la irremediable temporalidad del ser, nos hace recordar uno de sus más altos poemas, “Piedra de sol”. En él, el poeta celebra el instante; la corriente temporal encarna en mito: tiempo circular; da el “salto” y nos hace saltar. Y allá, en la “otra orilla”:

[...] vislumbramos
nuestra unidad perdida, el desamparo
que es ser hombres, la gloria que es ser hombres

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Ibid.* 190.

y compartir el pan, el sol, la muerte,
el olvidado asombro de estar vivos; ¹⁵

Y vivos no somos sino un poema inacabado, “siempre en perpetua posibilidad de ser completamente y cumpliéndose así en su no-acabamiento”.¹⁶

La poesía actual —decía Paz hacia 1967—, cada vez tiene menos posibilidades de encarnar, y lo que encarna es la palabra de la dispersión. Se ha vuelto una pregunta sobre el sentido de la palabra. La poesía es interrogación, búsqueda y acto de fe. Esta interrogación no es sino el reflejo del desgarramiento del ser que está en busca de sí. Es tarea del poeta descubrirse y descubrir la imagen del mundo en la dispersión de sus fragmentos. Como poeta, Paz asume la pregunta y la tarea:

¿Qué yerba, que agua de vida ha de darnos vida,
dónde desenterrar la palabra,
la porción que rige al himno y al discurso,
al baile, a la ciudad y a la balanza?

(“Himno entre ruinas.”)¹⁷

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

¹⁵ Octavio Paz, “Piedra de sol”, *Libertad bajo palabra*, Lecturas Mexicanas 4 (México: FCE/SEP, 1983) 248.

¹⁶ Octavio Paz, *El arco y la lira* 269.

¹⁷ Octavio Paz, “Himno entre ruinas”, *Libertad bajo palabra* 211.